

Santiago, 10 de junio

Señora Flora:

Ha pasado ya bastante tiempo desde que, envuelto en una borrasca emocional le causé una molestia con una intempestiva llamada telefónica. Quiero apelar a la generosidad de su espíritu de escritora, adiestrada en escudriñar a los seres humanos, para pedirle un poco de comprensión y excusarme.

A veces el mundo en que vivimos me causa repugnancia, como nos ocurre tal vez a todos. Sólo podría suplicarle un minuto de su pensamiento reposado para que medite en todo el daño y el trauma que he tenido que absorber. Ud. entiende muy bien que los seres humanos vivimos asentados sobre un sistema de ideas, de valores, de creencias, compleja arquitectura espiritual que nos permite luchar y crear. Cuando bruscamente todo ese sistema se derrumba y uno inicia una exploración hacia atrás, como extraviado en el bosque, en busca de un sendero en que reafirmarse, se sufre mucho, créamelo. Yo viví OCHO años engañado, viviendo junto a un ser que se daba citas en hoteles en Méjico, París o Santiago para consumar un amor seguramente respetable que se ejercía con sigilo, a la sombra, sin dejar huellas digitales y sin asumir ninguna responsabilidad. Mientras tanto, sufrí el trato frío y distante. Mi hija se dió cuenta del juego a los 10 años, lo que le dejó un trauma irreparable que amargó su niñez y adolescencia. Mis relaciones con ella fueron amargas y llenas de aristas, porque era inevitable que la niña enjuiciara a su padre a través de una madre enamorada de otro. Son DOS matrimonios rotos y son SIETE niños expuestos a la desarmonía conyugal. Yo bien sé que las buenas costumbres del mundo burgués aconsejan callar, pero no puedo resistir la repugnancia. Por éso le pedí la nulidad a Sylvia, para que haga uso de su libertad y, en lugar de exponerse a la vida de amantes atormentados y conflictivos, realice su amor a la luz del día.

Le aseguro que estuve enfermo del cuerpo y del espíritu. No quisiera parecer melodramático en relatarle detalles del sufrimiento pasado, pero créame que he necesitado de gran valor para afrontar la soledad e incluso la miseria, el desquiciamiento de un sistema humano al cual pertenecía, al dar ese paso. En esta intrincada madeja de relaciones humanas es difícil establecer quién ha sido víctima de quién. Seguramente todos tenemos nuestra parte de responsabilidad, en virtud de interacciones imponderables.

Ud. me indujo a creer que conocía todo el asunto. Por éso le hablé sin eufemismos por teléfono. Nunca queremos hacerle daño a la gente, pero lo hacemos, y recibimos también muchísimo daño de los demás. Confío en que el tiempo, más sabio que nosotros, nos traiga paz y serenidad para encontrar nuevas formas de vida y quizás, un poco de felicidad.

Ojalá estas líneas sean leídas con indulgencia por Ud.

La saludo muy atentamente,

Rolando Armijo
Rolando Armijo